

tos que prometen la emancipación barata, y caerá, por último, en el desengaño pesimista.

Frente al privilegio y a sus principales manifestaciones, predomina todavía la combatividad atávica en el proletariado, y en su organización atiende con preferencia a la idea de lucha, sin dar aún la debida importancia a la educación y a la instrucción, grandes fuerzas que podrán formar aquellas reservas tan importantes, tan necesarias y siempre decisivas en el último combate.

• Los niños que en la escuela racionalista, en la Escuela Moderna,—nombre histórico escrito con sangre de un mártir,—aprenden la unidad y la eternidad de la materia, que adquieren nociones positivas acerca de la constitución del universo, de la formación de los organismos, de las leyes de la evolución, que conocen el origen del hombre y en síntesis positiva la constitución de la sociedad y el curso de la historia, todo despojado de misticismo, metafísica y leyenda, no pueden ser individuos pasivos sometidos al absurdo tradicional. Por fuerza han de dar nuevo impulso al mundo por iniciativa propia, desoyendo toda sugestión, firmes contra todo intento arribista desviador y dispuestos en todo momento a hacer práctica en el mundo la verdad que atesora su entendimiento.

Vivir reducido a la imposibilidad de adaptarse, con criterio racional por la lectura, el pensamiento ajeno, y no poder transmitir por la escritura el pensamiento propio, incapacita al iletrado para el ideal; aceptar el ideal por creencia, hallándose incapacitado para la crítica y el raciocinio por no saber leer ni escribir, o por saber y no practicar racionalmente, es caer en el fanatismo o en el ilusionismo, sin más guía que la imaginación inculta o la fe ciega que impulsa a vitorear a sus tiranos y a perseguir a los hombres de pensa-

miento salvador y sentimiento altruista. Recordemos con horror que en España se ha llegado a gritar en bárbaro lenguaje apropiado al caso ¡vivan las caenas! Y no olvidemos que Ferrer, el ilustre mártir de la Escuela Moderna, antes que apóstol de la enseñanza racionalista, fué y continuó siendo un ardiente revolucionario, que se desengañó de alcanzar el ideal por los motines y las cuarteladas en vista de la dudosa moralidad de los caudillos y de la estulticia de los partidarios, y pensó en la absoluta necesidad de preparar racionalmente las generaciones en vista del triunfo revolucionario y de la renovación de la sociedad ultrarevolucionaria.

La Ciencia, precursora siempre, como el pensamiento precede necesariamente a la acción a título de determinante de la voluntad, rebasó por su propio poder las reservas y los secretos de la iniciación, pasando del templo, donde la usurpaban los sacerdotes, a la universidad, donde la usurpan los burgueses; pero interpretado el símbolo, desvanecido el mito y derribado el ídolo, último refugio de la injusticia exotérica, ni en la universidad se detiene, y pasa a la escuela racional, verdadera y positiva universidad donde se enseña a todas y a todos la ciencia de la vida, convirtiendo en aula infantil la naturaleza en toda su inmensa amplitud, y toma como objetivo de su enseñanza todas las manifestaciones del saber y del poder de los hombres.

• Tratando de la educación y la enseñanza, no debemos referirnos exclusivamente a la escuela y al profesorado; hay una escuela más grande que todas las escuelas y aun que todas las universidades. Esa escuela es la vida, en la que todos ejercemos de buenos o de malos maestros, por la influencia del ejemplo, y en la que todos somos alumnos por la tendencia a la imitación y por la necesidad de la adaptación. Los normales y conscientes darán